

Observaciones escritas de Mons. Eduardo Pironio pos Congregación General CXIX del 10 de noviembre de 1964, sobre el esquema de la Iglesia en el mundo contemporáneo, capítulo capítulo cuarto (Deberes principales de los cristianos de nuestro tiempo: F. La paz), en ASSCOVS Volumen III Parte VII páginas 337-338. Traducción del latín de la Lic. Alejandra Bolo.

Observaciones escritas de Mons. Eduardo Pironio pos Congregación General CXIX del 10 de noviembre de 1964, sobre el esquema de la Iglesia en el mundo contemporáneo, capítulo capítulo cuarto (Deberes principales de los cristianos de nuestro tiempo: F. La paz), en ASSCOVS Volumen III Parte VII páginas 337-338.

Excelentísimo P.D. EDUARDO PIRONIO

Obispo titular de Caeciritanus, aux. de La Plata

El esquema casi únicamente habla sobre la paz externa o la ordenada concordia de los pueblos. Escrutando en efecto “los signos de los tiempos” encontramos que los hombres de hoy sufren principalmente angustia y desesperación. ¿Acaso la literatura y los sistemas filosóficos no expresan esta penosa situación del hombre de hoy que busca la verdadera paz interior y una más profunda y muy firme esperanza? El hombre de nuestro tiempo se mueve en una continua intranquilidad, en una permanente inseguridad, que provienen de que no se sacian perfectamente sus legítimos apetitos. Ya por una insuficiente condición social y económica, ya por una inestable situación política (las cuales serían causas extrínsecas), ya principalmente por un perdido orden sobrenatural del hombre hacia Dios.

La respuesta de la Iglesia se encuentra en la genuina noción de “la esperanza cristiana” y de “una paz verdadera e íntegra”. La esperanza teológica –virtud esencialmente dinámica y activa que tiende a las cosas celestiales edificando cristianamente la ciudad terrestre–debería ser como el centro en toda la exposición en el esquema *Sobre la Iglesia en el mundo de hoy*. Y después «la paz verdadera» que supera todo sentido, y que es un acto interno de la caridad, efecto de la gracia santificante y fruto del Espíritu Santo que habita en nosotros.

Sobre esa paz interna del hombre –que consiste en la perfecta quietud/aquietamiento de los propios apetitos– debería hablar el esquema en primer lugar.

Por lo tanto para un concepto íntegro de la verdadera paz, deberían añadirse estas cosas:

1. *Cristo Príncipe de la paz* (Is. 9, 5) y *nuestra Paz* (Ef. 2, 14). En su persona, obra y doctrina. En su persona: Cristo ciertamente como perfecta encarnación de la paz, u orden o armonía y equilibrio. En Cristo se da la plena revelación o epifanía del amor del Padre que reconcilió al mundo consigo mediante Cristo.

En su obra: el Misterio Pascual de Cristo –de su muerte y resurrección– es la consumación de la unión de toda la humanidad, de toda la creación, con Dios. «Le agradó

Observaciones escritas de Mons. Eduardo Pironio pos Congregación General CXIX del 10 de noviembre de 1964, sobre el esquema de la Iglesia en el mundo contemporáneo, capítulo capítulo cuarto (Deberes principales de los cristianos de nuestro tiempo: F. La paz), en ASSCOVS Volumen III Parte VII páginas 337-338. Traducción del latín de la Lic. Alejandra Bolo.

que toda plenitud inhabitara en Él mismo y por Él reconciliar todas las cosas en/por Él ... pacificando por la sangre de su cruz» (Col. 1, 19-20). Se restituye el orden, la armonía, la tranquilidad, perdida mediante el pecado.

En su doctrina: El Evangelio de Cristo es esencialmente evangelio de la paz, porque es esencialmente anuncio de amor. Él mismo en efecto vino a anunciar la paz a los hombres, a los que estaban lejos y a los que estaban cerca: porque mediante Él mismo todos tenemos acceso al Padre en la unidad del Espíritu (Ef.2, 17-18). No aquella paz que se concibe pasivamente como ausencia de conflictos, dolores y cruz; sino la paz que consiste en la superación de todos estos. «No he venido a traer la paz, sino la espada». «Os doy *mi* paz; *no como el mundo la da*, yo os la doy». Es decir no solo la paz es la ordenada concordia de voluntades, sino la paz interior que se genera en el hombre mismo por medio de la caridad.

2. *Todo el pueblo de Dios consolidado en la paz.* En efecto la paz verdadera –que consiste en el aquietamiento y unión del apetito y en la perfecta fruición del sumo bien– es directamente obra de la caridad. Solo indirectamente es obra de la justicia, es decir, en cuanto elimina obstáculos (II, II, q. 29 a.3). Según el propio razonamiento, la caridad causa la paz, es decir en cuanto causa aquella doble unión necesaria en razón de la paz: una según la ordenación de los propios apetitos en uno mismo, otra según la unión del apetito propio con el apetito de otro. La paz por lo tanto es causada «a partir de la caridad según la razón específica del amor de Dios y del prójimo» (II, II q. 29 a. 4).

Esta paz no se da sino en los que tienen la gracia sobrenatural. «Sin la gracia santificante no puede haber verdadera paz, sino solo aparente» (*ibid.* (sic)* ad 1). Finalmente esta paz es rectamente enumerada por S. Pablo entre los frutos del Espíritu Santo (*Gal.* 5, 22).

3. *Todo el Pueblo de Dios como artífice de la paz.* La paz es nombrada entre las bienaventuranzas como acto de la virtud de la caridad perfecta. «Bienaventurados los pacíficos...». El artífice o constructor de la paz no solo consigue su fin exhortando a los hombres a que depongan las armas evitando conflictos bélicos, ni solamente estableciendo la justicia, sino principalmente practicando, estableciendo y predicando la caridad sobrenatural. De otro modo tendríamos la simple concordia (a veces incluso mera coexistencia en el temor), pero no verdadera paz. Para afirmar la verdadera paz todo el pueblo de Dios debe esforzarse creando condiciones sociales, económicas y políticas tales que todo hombre tenga la posibilidad de aquietar sus legítimas aspiraciones y disfrutar el

* N.E. Corresponde II-IIae, q. 29, 3, ad 1.

Observaciones escritas de Mons. Eduardo Pironio pos Congregación General CXIX del 10 de noviembre de 1964, sobre el esquema de la Iglesia en el mundo contemporáneo, capítulo capítulo cuarto (Deberes principales de los cristianos de nuestro tiempo: F. La paz), en ASSCOVS Volumen III Parte VII páginas 337-338. Traducción del latín de la Lic. Alejandra Bolo.

bien perfecto. Y ciertamente no solo en la posesión de los bienes materiales, sino también principalmente en la tranquila posesión de los bienes espirituales en cuyo goce totalmente se aquieten los apetitos y se establezca el perfecto equilibrio.

Conclusión: *a)* Háblese de la paz interna del hombre, o del equilibrio interior en el aquietamiento del propio apetito. *b)* Expóngase esta paz como fruto directo de la caridad, de la gracia santificante y de la acción del Espíritu Santo. *c)* Descríbase la función de artífice de la paz en la creación de la posibilidad de aquietar las legítimas aspiraciones del hombre.

Síntesis

Propone: que se hable de la paz interna del hombre, o del equilibrio interior en el aquietamiento del propio apetito. Que se exponga esta paz como fruto directo de la caridad, de la gracia santificante y de la acción del Espíritu Santo. Y se describa la función de artífice de la paz en la creación de la posibilidad de aquietar las legítimas aspiraciones del hombre.